

# PERO, ¿ERA BILBAINO UNAMUNO?

por Angel M.<sup>a</sup> Ortiz Alfau.

**“Aquí reina el egoísmo sin tasa y una atmósfera tan pesada que quita todo aliento al espíritu” —MIGUEL DE UNAMUNO, desde Bilbao, en 1890, a su amigo y paisano PEDRO DE MUGICA—.**

QUE haya que insistir en Bilbao sobre la necesidad de reivindicar la figura y el talante de un vasco tan universal como Miguel de Unamuno, es algo que las gentes con un nivel cultural razonable consideran insólito. Y es cierto. Nadie ha hecho tanto por el nombre de Bilbao y por el prestigio universal de los vascos como Unamuno. Pero *la atmósfera pesada que quita todo aliento al espíritu*, que decía don Miguel al filólogo en Berlín, Pedro de Múgica, es la misma atmósfera, irrespirable, que padecemos hoy, ahora... Un problema cultural en el fondo.

Antonio Machado, que admiraba sinceramente a Unamuno, le decía a Pilar de Valderrama (“Guiomar”), en una carta íntima, que había visto al escritor bilbaino y estado con él largo rato, y que un juicio suyo sobre un libro de Guiomar le había satisfecho grandemente, “porque dada la sinceridad de Unamuno no dice nunca nada por cumplir”. Y era verdad. Francisco Ayala, un escritor agudo, profundo y claro, decía que a don Miguel le gustaba hacer “afirmaciones para provocar a los imbéciles, cosa que siempre ha sido mal entendida por los idiotas...”

Pero era rabiosamente sincero, profundo, inteligente.

El sino unamuniano es difícilmente creíble. Que tuviera problemas con Miguel Primo de Rivera, Alfonso XIII o Franco, por su actitud crítica; que por las mismas razones las tuviera con Sabino Arana, los nacionalistas, los socialistas, la guardia civil, los militares, Manuel Azaña, los eruditos, y tantos otros, es ciertamente lógico: mentalmente, ante sus afirmaciones, ante sus razonamientos, muchos han debido sentir ganas de gritar “¡muera la inteligencia!”... Solo se atrevió a hacerlo, dando la cara, el general Millán Astray. Pero sus opiniones sobre cuestiones fundamentales deben aún servirnos de meditación, de reflexión, de discusión...

Es mucho más que una anécdota lo que sucedió a Unamuno durante la guerra civil. Sabido es que murió, de dolor y de miedo, el 31 de diciembre de 1936. Sabido es, también, que en setiembre de 1934 el gobierno de la República había nombrado a don Miguel *rector vitalicio* de la Universidad de Salamanca, en cuya Universidad se creaba la cátedra “Miguel de Unamuno”. En el mismo Decreto se acordaba también que se diera su nombre al Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de Bilbao. Pues bien, cuando la guerra civil comienza, la opinión de don Miguel interesa al mundo entero. A un corresponsal de la agencia norteamericana *Internacional News* hace unas declaraciones que conllevan una dura crítica para el gobierno de la legalidad. Advierte que no está ni a la derecha ni a la izquierda, y dice que es el régimen republicano, y no él, quien ha cambiado. Y advierte también, ¡cómo no!, que cuando finalice la guerra, él estará siempre en oposición a los vencedores... Manuel Azaña, de acuerdo con el Consejo de Ministros, firma un decreto por el que se deroga el anterior de setiembre de 1934. Es decir: Unamuno es destituido de rector vitalicio...

Pero iba a llegar el 12 de octubre. Esto se ha contado muchas veces. En Salamanca se iba a celebrar un acto literario en honor de la festividad de la raza. Unamuno, como rector de la universidad, debía asistir. Ostentaba, además, la representación de Franco. En el acto intervendrían, por este orden, José M.<sup>a</sup> Ramos Loscertales, el padre dominico Vicente Beltrán de Heredia, Francisco Maldonado y José M.<sup>a</sup> Pemán... Emilio Salcedo, en su magnífica “Vida de don Miguel” ofrece, con reservas, lo que sucedió en aquel acto después de que hablara Pemán, el último orador... “Dije que no quería hablar, porque me conozco —debió afirmar Unamuno—; pero se me ha tirado de la lengua, y debo hacerlo”. Y dijo también, entre otras cosas: “Se ha hablado de los catalanes y los vascos, llamándoles la anti-España; pues bien, con la misma razón pueden ellos decir otro tanto. Y aquí está el señor obispo, catalán, para enseñaros la doctrina cristiana que no quereis conocer, y yo, que soy vasco, llevo toda mi vida enseñándoos la lengua española, que no sabéis”.

El incidente debió ser apoteósico, y poco faltó para que el escritor vasco fuera *paseado*, a pesar de su edad y a pesar del enorme prestigio con que contaba en toda Salamanca y en el mundo entero. Naturalmente, diez días después, Franco venía en disponer su cese en el cargo de rector de la Universidad de Salamanca.

Las dos Españas contra don Miguel. Euskadi, contra don Miguel. Bilbao, contra don Miguel. El universo culto, con don Miguel... ¡Con la falta que hacía en Euskadi un hombre de su talante; un hombre capaz de agitar, denunciar, vapulear, espolear, clarificar a quienes sirven negativamente, obcecados por la historia o a quienes se mueven, nada más, para medrar...

Los mismos argumentos que durante los años del franquismo hemos utilizado para reivindicar en Bilbao la figura de don Miguel, siguen siendo actuales. Quienes afirman que Unamuno fue un mal vasco, es que no saben nada de Unamuno. En su obra, que convendría promocionar, hay cientos de testimonios... Para quienes no tienen memoria recordamos que ya su tesis del doctorado de Filosofía y Letras, leída en Madrid cuando tiene solamente veinte años, está llena de santa preocupación por Euskalerría: se titulaba “Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca”.

Fue, no hay duda, un gran vasco. Quienes hacen un flaco favor a Euskadi con todos aquellos que no acaban de enterarse, y con su actitud nos colocan ante el mundo como un país culturalmente tercermundista. Pero, por encima de rencores y diferencias de criterio, Bilbao, su Bilbao, nuestro Bilbao, tiene la obligación de reivindicar su memoria. Ningún alcalde, ningún concejal, ningún ciudadano que se sienta realmente bilbaino, puede olvidar esto; si lo olvidamos generaciones venideras nos despreciarán, con justa razón.